

**DUENDES, BRUJAS Y DEMONIOS EN UN LIBRO ADQUIRIDO POR EL IEA
QUE PERTENECIÓ A LASTANOSA, PUBLICADO EN 1621
POR EL MÉDICO ARAGONÉS SALVADOR ARDEVINES**

Carlos GARCÉS MANAU*

El Instituto de Estudios Altoaragoneses ha adquirido un ejemplar magníficamente conservado del libro que Salvador Ardevines Isla publicó en Madrid en 1621, de título *Fábrica universal y admirable de la composición del mundo mayor, donde se trata desde Dios hasta nada, y del menor, que es el hombre*.

El ejemplar resulta excepcional por varios motivos. Estuvo en Huesca, adonde ahora regresa, en el siglo XVII, formando parte de la biblioteca de Vincencio Juan de Lastanosa. El libro, que figura en el catálogo de la biblioteca lastanosina conservado en Estocolmo, incluye el exlibris impreso del mecenas oscense, así como diversos subrayados y anotaciones manuscritas probablemente suyos. Al final del volumen Lastanosa escribió, con su característica letra: “Leilo a 9 de septiembre del año 1649 2.^a vez”.

Salvador Ardevines, cuyo retrato aparece en el libro, solo publicó esta obra. Y de ella existía únicamente un ejemplar en Aragón, en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, pero falto de portada y con los preliminares deteriorados. El comprado por el IEA destaca, por el contrario, por hallarse completo y en un espléndido estado de conservación.

* Historiador. garcesmanau@orange.es

El tercer motivo que confiere interés a la obra es su temática. En el libro se habla, en un estilo claro, de las concepciones existentes a comienzos del siglo XVII sobre Dios, los demonios y los ángeles, el ser humano, las supersticiones, las brujas y los hechiceros, el año y los tipos de calendarios, las estrellas y los planetas. Y en él se recogen varios episodios, ciertamente singulares, que según su autor ocurrieron en Huesca y otros lugares de Aragón. Entre ellos, el del duende que tocó en 1601 el órgano del convento agustino oscense, el de los “ruidos grandes y espantables” que despoblaron Marcuello o algunos casos de mujeres acusadas de brujería.

EL AUTOR: SALVADOR ARDEVINES ISLA

De Salvador Ardevines se sabe muy poco. Los escasos datos que poseemos son los que aparecen en esta *Fábrica universal y admirable*, en cuya portada se le llama *licenciado y médico*, y los que incluyó Félix Latassa, a fines del siglo XVIII, en su *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*.¹

Latassa comienza diciendo que “nació en la villa de Luna, según parece”. Debemos admitir pues, aunque sin completa seguridad, que Salvador Ardevines era natural de la localidad cincovillesa. Pero no conocemos la fecha, ni siquiera aproximada, de su nacimiento. La primera noticia segura es de 1585; Ardevines vio ese año conversar en Zaragoza, donde se celebraban las bodas de una hija de Felipe II con el duque de Saboya, a Francisco Vallés, el célebre médico real, y a Martín Santolaria, catedrático de la Universidad de Huesca y canónigo en la catedral oscense, a quien cita, como diremos luego, varias veces en el libro.

En 1599, según Latassa, Salvador Ardevines era médico en Barbastro.² Cuatro años después hizo un primer intento, al parecer fracasado, de publicar el libro, pues una de las aprobaciones está fechada en Zaragoza en mayo de 1603. La obra, sin embargo, no vio la luz hasta casi veinte años después; la otra aprobación, en efecto, se hizo en Madrid el 17 de enero de 1619. La *Fábrica universal y admirable* se imprimió finalmente en 1621 (a partir de abril, ya que el libro está dedicado al nuevo monarca,

¹ Félix Latassa y Ortín, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1600 hasta 1640*, t. II, Pamplona, Oficina de Joaquín de Domingo, 1799, pp. 293-294.

² Latassa (óp. cit.) escribe: “en 1599 sabemos que era médico de Barbastro por unas liras que ofreció en el certamen que en dicho año celebró la Universidad de Zaragoza por la muerte del rey don Felipe II”.



Retrato de Salvador Ardevines Isla que figura en su libro.

Felipe IV, y su padre, Felipe III, murió el 31 de marzo de 1621). La dedicatoria está firmada por el propio Ardevines, lo que nos asegura que entonces seguía vivo.

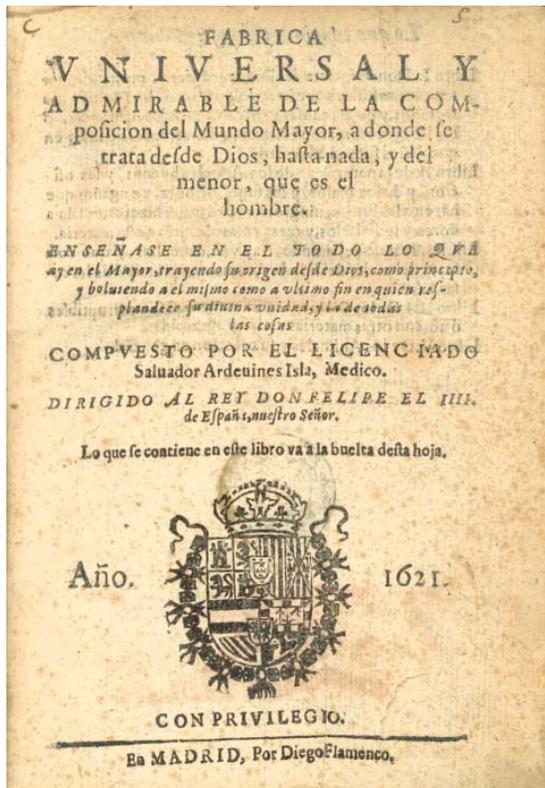
La obra incluye un tosco retrato del autor “vestido —en palabras de Félix Latassa— de su profesión”. Le acompaña un escudo heráldico en el que, siguiendo de nuevo a Latassa, se ven “un ave, tres flores en un ramillete, tres fajas y un árbol de gran copa”. Después de 1621 nada más se sabe de Ardevines, y se ignora también el año de su fallecimiento.

EL LIBRO: SUS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS

La *Fábrica universal y admirable de la composición del mundo mayor, donde se trata desde Dios hasta nada, y del menor, que es el hombre* fue el único libro que publicó Ardevines (y aun este no alcanzó, como vamos a ver, las proporciones que pensó darle su autor). Se trata de un volumen en 4.º, con 16 hojas de preliminares y 236 de texto, publicado en Madrid en 1621 por el impresor Diego Flamenco. Al estar dedicado a Felipe IV, se incluyó en la portada un grabado con el escudo real.

En este libro sobre el macrocosmos y el microcosmos (los “mundos” mayor y menor del título, el segundo de los cuales es el ser humano), Ardevines se proponía

enseñar, tal y como explica la portada, “todo lo que hay en el mayor, trayendo su origen desde Dios, como principio, y volviendo a él mismo como a último fin, en quien resplandece su divina unidad y la de todas las cosas”. En el prólogo “al lector” se reitera el “intento” de la obra: “tratar de todas las cosas que se incluyen en los diez géneros o grados de ellas, que son Dios, Ángel, Hombre, Cielo, Bruto, Planta, Elemento, Mixto, Materia y Accidente”. Pero este volumen, que se divide por esa razón en cinco “libros”, únicamente se ocupa de la mitad de tales géneros, desde Dios hasta los animales. Por eso en el índice, y también al final de la obra, se afirma que era solo la primera parte de esta *Fábrica universal y admirable*, anunciando así la publicación de una segunda en la que se abordarían los cinco géneros restantes. Esta segunda parte, sin embargo, no se publicó nunca; y aun los dos últimos “libros” de la primera presentan, como veremos enseguida, un final abrupto e incompleto, por causas que ignoramos.



Portada de la obra de Ardevines.

La obra se estructura, así, en cinco “libros” temáticos. El primero, en 40 hojas, se ocupa del verdadero Dios y de los dioses falsos. El segundo, de extensión doble (80 hojas), aborda el estudio de los ángeles y los demonios, deteniéndose en los engaños que el demonio hacía a brujas, nigromantes y hechiceros (una parte que Salvador Ardevines sazonó con hechos e historias muy notables, que debió de conocer de primera mano en tierras aragonesas). El tercer libro, de solo 28 hojas pese a la relevancia de sus temas, trata del mundo y el hombre “como más principal de las cosas visibles”. Especialmente curioso resulta su capítulo cuarto, en el que “se da razón de por qué creó Dios tantos animales venenosos, y otras cosas al parecer inútiles y para daño del hombre”. El cuarto libro, de 80 hojas (el más extenso junto con el segundo), estudia los cielos y el calendario; tal y como era habitual en el universo geocéntrico previo a la Revolución Científica, se presentan sucesivamente el empíreo, el cielo décimo o primer móvil (porque “mueve a los otros”), el cielo cristalino o acuoso (el 9.º), el firmamento (cielo 8.º, en el que estaban las estrellas y la Vía Láctea), el planeta Saturno (7.º cielo), Júpiter (6.º), Marte (5.º), el Sol (4.º) y Venus (3.º). Al tratar del Sol se incluye un estudio del calendario y las distintas formas de medir el tiempo (año, mes, semana y día), y uno de los capítulos se centra en “las opiniones que ha habido acerca de en qué mes fue creado el mundo”. Pero faltan los dos últimos cielos (el planeta Mercurio y la Luna). Y el libro quinto y último, dedicado a los animales, ocupa solamente cinco hojas. Prueba todo ello, como hemos indicado, de un final precipitado de la obra.

Según el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español, de la *Fábrica universal y admirable* de Salvador Ardevines se conservan, además del adquirido por el IEA, dieciséis ejemplares, siete de los cuales están en bibliotecas de Madrid.

EPISODIOS Y NOTICIAS ARAGONESES

Uno de los aspectos más interesantes del libro es la inclusión de sucesos ocurridos en Aragón, cuyos protagonistas son, por lo general, brujas, duendes y demonios. El primero es este:

Lo que hacen los endemoniados, que no se puede atribuir a causas naturales corpóreas, como se vio en la ciudad de Zaragoza de Aragón en el año de mil seiscientos uno, de una mujer endemoniada que estuvo en Nuestra Señora del Pilar (Cámara Angelical). También las cosas que hacen las brujas y brujos, de que tenemos larga

experiencia, por las montañas de Aragón, Navarra y Guipúzcoa confines de Francia, por su propia confesión de ellas, como más adelante diremos tratando de los engaños que los demonios les hacen. (pp. 43-44)

El siguiente texto habla de un duende organista en Huesca y de los sucesos que ocurrían en Marcuello:

Hay otros demonios caseros, aunque otros quieren que estos sean del aire, porque se aparecen y hacen mil visiones, como a una señora que yo conocí y traté en Aragón, persona de crédito, le oí contar los engaños que uno de estos duendes le hacía. En Castilla a estos les llaman trasgos y en Cataluña folletos, que quiere decir espíritus locos, y en Italia farfarelli. Una vez a esta señora le puso un palo empañado como una criatura muerta, dentro de un arca cerrada con llave.

Y en la ciudad de Huesca, el año 1601, en el convento de San Agustín hubo otro que hacía música tomando las flautas del órgano.

Y otras invenciones hacen estos, o los del aire. Aparecer ejércitos y peleas, como lo que cuentan por tradición, y algunas personas que lo han visto, de la torre y castillo de Marcuello, lugar al pie de las montañas de Aragón, ahora inhabitable por los ruidos grandes y espantables que en él se oyen, adonde se retrajo el maldito conde don Julián, causa de que los moros, que se desterraron tan justamente de España,³ se hicieron señores de ella. Y ciertas visiones que en el aire se ven dicen ser de los caballeros o gente que le favorecían, aunque no falta quien, muy conforme a razón, diga ser cosas meteorológicas y naturales, que de la grosura de algún humor o vapor del aire resultan, por las diversas posiciones de la vista. Y este castillo está al pie de los Pirineos, adonde bajan los aires gruesos entre aquellas peñas, por los vapores de la tierra.

Otras veces estos hacen ruidos, como soy testigo, que a mi lado, a menos de un paso de distancia, dentro de un banquillo, estando leyendo en Severino Boecio, dieron grandes golpes. Y llegué a tomar el banquillo y no hallé cosa alguna en la parte que estaba, ni en toda la pieza la había que lo pudiese hacer. Y era en tiempo que se andaban haciendo semejantes cosas en la casa donde yo vivía, y cosas extraordinarias, sin poderlas atribuir a causas naturales corpóreas. Y a una señora le sucedió semejante caso en el mismo banquillo, como un trueno, de que quedó desmayada por algún tiempo, sin otras burlas que le hizo. (p. 67)

Esta cita fue reproducida y comentada, en el mismo siglo XVII, por el fraile capuchino Antonio Fuentelapeña en su conocida obra *El ente dilucidado: discurso único novísimo que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles, y cuáles*

³ Cuando se publicó el libro, en 1621, hacía apenas diez años de la expulsión de los moriscos.

sean, publicada en Madrid en 1676 (pp. 172-174). A partir de Fuentelapeña, la historia del duende organista oscense, al que Ardevines dedicaba, como hemos visto, apenas una frase, ha sido recogida y amplificada en una obra de gran éxito editorial: *Duendes: guía de los seres mágicos de España*,⁴ cuyos autores son Carlos Canales Torres y Jesús Callejo Cobo. La iglesia escenario de las andanzas del duende músico existe todavía: es el templo medieval de Santa María in Foris, que se convirtió en convento agustino hacia 1500.



El duende organista de Huesca según la ilustración realizada por Ricardo Sánchez para el libro Duendes: guía de los seres mágicos de España (Madrid, Edaf, 1994).

⁴ Madrid, Edaf, 1994 (véanse, para el duende de Huesca, las páginas 119-120, que incluyen una extraordinaria ilustración que reproducimos en este artículo). En 2005 el libro iba ya por su decimoquinta edición.

No menos notable es lo que Ardevines cuenta de Marcuello y su relación con el mítico conde don Julián. Marcuello, un despoblado próximo al castillo de Loarre, había quedado “inhabitable —según el médico aragonés— por los ruidos grandes y espantables que en él se oyen”. Y añade que fue allí donde “se retrajo el maldito conde don Julián, causa de que los moros” se apoderasen de España. El conde don Julián, en las versiones vigentes entonces sobre la historia española, fue quien abrió las puertas de la Península a los musulmanes, por lo que no debe extrañar el epíteto *maldito* con que lo califica Ardevines. El rey Rodrigo, último monarca visigodo, había forzado a la hija —o, para otros, a la esposa— de don Julián, y este, para vengarse, había acudido a los árabes, que acababan de conquistar el norte de África, y les había facilitado el paso del Estrecho y la invasión del reino visigodo.

Cuando Salvador Ardevines publicó su libro era común, en perfecto acuerdo con lo que él cuenta sobre Marcuello, localizar la tumba del conde don Julián en el castillo medieval de Loarre, que entonces se creía de época romana.⁵ Quien primero mencionó tan curiosa leyenda fue, al parecer, el cronista Jerónimo de Blancas en sus *Comentarios de las cosas de Aragón*, publicados en latín en 1588. Blancas afirma que los conquistadores musulmanes encerraron hasta su muerte al conde don Julián, cargado de cadenas, “en castigo de su atroz felonía”. Y aseguraba, lo que probaría que era una tradición viva en la zona, que “sus habitantes enseñan todavía el sepulcro del mencionado conde”.

La situación precisa del sepulcro de don Julián en el castillo de Loarre aparece señalada en unos extraordinarios dibujos de la fortaleza (seis en total, entre alzados y plantas) que se conservan en la Biblioteca Nacional de España (ms. 3610, ff. 194-200). En la planta de la iglesia románica del castillo, junto a su puerta principal, se lee: “enfrente de esta puerta, debajo de un arco grande, estaba un sepulcro que decían ser del conde don Julián”. La “tumba” del conde fue destruida por unos buscadores de tesoros, tal y como contaba en 1796 el fraile capuchino Ramón de Huesca (el padre Huesca):

El mencionado sepulcro estaba en lo alto de la escalera, frente a la puerta de la iglesia de San Pedro, donde lo he visto algunas veces. Años pasados lo abrieron ciertos hombres, que hicieron varias excavaciones en el castillo buscando tesoros y no antigüe-

⁵ Carlos Garcés Manau, “Entre la historia y la leyenda”, en Adolfo Castán Sarasa (coord.), *Comarca de la Hoya de Huesca*, Zaragoza, DGA, 2006, pp. 245-246 (“El conde D. Julián y el castillo de Loarre”).

dades. Y según me han informado, hallaron dentro los huesos de un cadáver, una espada y un pergamino, el que destrozaron sin llegar a las manos de quien pudiera leerlo. No sé si estos mismos, o algunos otros, poseídos del celo de Blasco de Lanuza, quien dice debiera de quitarse de allí aquella memoria porque no la hubiera tan grande de uno de los hombres más malos que ha tenido el mundo, lo han quitado y deshecho, de modo que no parece en parte alguna.⁶

Los siguientes episodios que Ardevines recoge tienen a las brujas como protagonistas:

En la villa de Bilbao, pocos días ha que, persiguiendo las brujas el corregidor de ella y un padre docto de la Compañía de Jesús, y quejándose ellas de esto al demonio, les dijo que él los castigaría, y una noche de sus ajuntamientos se los mostró a entrambos ahorcados, y las desventuradas pensaban ser verdad y fue ilusión del demonio, porque viven hoy día entrambos. También se me hizo relación de ciertas señoras principales, las cuales profesaban gran virtud y honestidad en su vida y costumbres, y el demonio andaba por desacreditarlas con semejantes embustes o por las razones dichas, que son tales las trazas suyas.

Asimismo me contó un sacerdote, clérigo que hoy es fraile capuchino, varón de vida ejemplar, que estando en cierta abadía en las montañas de Aragón, en la cual había un enfermo, oyó dar grandes voces a dicho enfermo, y recordándose a las voces quiso de camino recordar al ama o casera de la casa, que en su propio aposento dormía, y no pudo. Fue a ver lo que era, y el enfermo le dijo que le habían venido a la cama ciertas brujas, las cuales él nombró por sus nombres, y entre las nombradas estaba el ama de la casa. El sacerdote quedó admirado y replicó que cómo podía ser aquello, pues el ama dormía con un profundo sueño, de modo que no había podido despertarla con algunas diligencias que hizo, y que aún se quedaba durmiendo. Y cuando volvió la halló tan bien dormida como antes.

Y el maestro Martín Santolaria, catedrático jubilado de la universidad de Huesca y canónigo de aquella santa iglesia, gran teólogo y universal en todas las ciencias, cuyos escritos lo enseñan, me contó de otra que, habiéndose untado por mandado de la justicia para que se hiciese experiencia, cayó en tierra como muerta, y estando así desacordada le quemaron en la pierna con una cerilla encendida. Y cuando recordó después de un largo espacio de tiempo, preguntándole donde se había hecho aquella llaga de la pierna, respondió que, yendo a hacer mal, en ciertas espinas se había hecho aquella llaga. (pp. 103-104)

⁶ Ramón de Huesca, *Teatro histórico de las iglesias del Reino de Aragón*, t. VI, Pamplona, Impr. de la Viuda de Longás e Hijo, 1796, pp. 125-127.

Del oscense Martín Santolaria, cuyas menciones en el libro fueron cuidadosamente anotadas y subrayadas, hablaremos al final del artículo. Porque no es este el único suceso aragonés atribuido a brujas que incluye la *Fábrica universal y admirable*:

Y a una señora noble de Aragón sucedió que, teniendo en su casa un ama que había criado un hijo suyo en una aldea suya adonde vivía, y habiendo venido acaso a la ciudad de Zaragoza, donde su señora vivía entonces, y habiéndola hecho detener algunos días, llegó un muchacho de mal talle a llamar al ama. Y habiéndole mandado venir delante de la propia señora, le dijo al ama, hablando en lenguaje tosco, “que vengaz, que ya es hora”, que así era el lenguaje de su lugar o aldea. Y esto con un semblante airado y fiero, de que se espantó la dama señora del lugar, y le dijo que se fuese, que enviaría al ama. Ido el muchacho, el ama dijo a su señora que no se podía detener un punto, que la estaban esperando, y por ruegos que hizo no la pudo detener. Fuese, y pasado algún tiempo la prendieron por bruja, y queriéndola ahorcar, confesó la muerte de un hijo de su señora y cómo el demonio la fue a llamar en figura de aquel muchacho. (p. 106)

Hay, por último, un caso de magia amorosa, ocurrido al parecer en San Esteban de Litera:

Habrá pocos años que consultaron al doctor micer Juan Francisco Gracia, asesor del justicia de las montañas de Aragón por su majestad, que tenían preso a un mozo hacia la parte de San Esteban, lugar en el reino de Aragón y confines de Cataluña, el cual, mediante una hierba, o por su virtud, afirmaban había tenido parte con una moza. Y después dio la misma hierba a otro para que hiciese lo mismo. (p. 120)

Los fragmentos que acabamos de reproducir pertenecen al libro segundo, dedicado a los ángeles y demonios. Queda finalmente, en el libro cuarto, otro episodio de temática aragonesa, pero con carácter muy diferente. Figura en el capítulo sobre el noveno cielo, el cristalino o de agua:

Yo he visto un pedazo [de cristal], el cual me aseguró el que me lo enseñó que lo había sacado de unas peñas, y según estaba terroso lo parecía. Es verdad que también me afirmaron que en un río que por unos riscos se despeña, hacia la parte de Bielsa, lugar en los montes Pirineos y confines de Francia, se había hallado cristal. Y en la antigua ciudad de Tarazona (o por mejor decir Turricon, nombre vascongado y no romano, tomado de su fuente famosa o fuentes), en su tan famoso monte de Moncayo se hallan muchas veces pedacillos de cristal pequeños”. (pp. 166-167)

Minerales hallados en Bielsa se mencionan en las cartas, conservadas en la Biblioteca Nacional de España, que Bernardo Jordán envió a Lastanosa entre 1663 y 1666.⁷ Jordán, de quien no tenemos más noticias, escribió la primera en Bielsa el 30 de abril de 1663. En ella se declara “pupilo” de Lastanosa, del que ensalza su “generoso pecho”, su “claro ingenio” y su “nobleza”. Y Bernardo Jordán era solo uno de los muchos discípulos que el mecenas oscense había “creado” en Aragón

con su dulce doctrina, sacándonos de tantas ignorancias. Y esperando nos sacará de muchas más con los ramilletes que de tan escogidas plantas compone, y fío en Dios sacará a luz para bien del mundo y honra de la patria.

Jordán remitía cuarenta y cinco “barrillas” de hierro a Lastanosa, a quien decía:

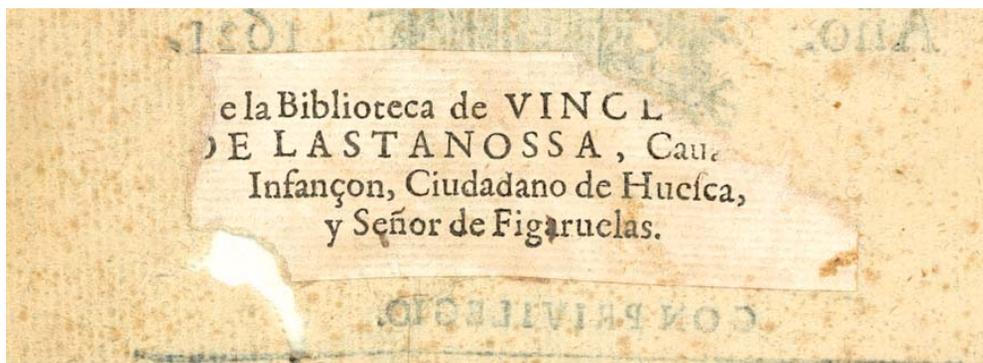
Me será de mucho gusto que vuestra merced me avise qué experiencia se hizo de las minas, por si fueren de algún fruto, lograrlo. La piedra imán no he topado, aunque estuve en la cima del minero, es verdad que había aún once palmos de nieve. Si el tiempo da lugar volveré por servir a vuestra merced. Por no ocasionar curiosidades a algunos que no les importa, no remito un nuevo género de mina que el día que subí topé. Es rico, quedará para cuando me vea con vuestra merced, siendo Dios servido.

Bernardo Jordán escribió las otras dos cartas desde Zaragoza. En la del 3 de enero de 1664 anuncia a Lastanosa que le envía las 6 libras de mercurio, “del mejor que se halla”, que había pedido. Y con la otra, fechada el 13 de septiembre de 1666, mandaba a Huesca —lo que tiene relación directa con el párrafo del libro de Ardevines— un “pedacito de cristal” en una “cajilla”.

EL LIBRO EN LA BIBLIOTECA LASTANOSINA

El ejemplar de la *Fábrica universal y admirable* adquirido por el IEA perteneció a Vincencio Juan de Lastanosa. Lo prueba su exlibris impreso en el vuelto de la portada, bajo un resumen del contenido de los cinco libros que componen la obra. En dicho exlibris, bien conocido por su presencia en otros volúmenes de su propiedad, se lee: “De la Biblioteca de Vincencio de Lastanosa, caballero infanzón, ciudadano de Huesca y señor de Figueruelas”.

⁷ BNE, ms. 18727 – 10, 12 y 13.

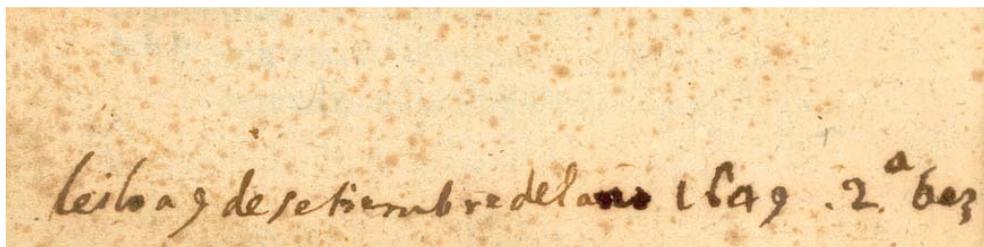


Exlibris de Vincencio Juan de Lastanosa en el ejemplar de la obra de Ardevines adquirido por el IEA.

La obra de Ardevines figura, y además por duplicado, en el catálogo de la biblioteca lastanosina que se conserva en la Biblioteca Real de Estocolmo. La *Fábrica universal y admirable* está apuntada en la letra F, por el título de la obra, y en la S, por el nombre de su autor, Salvador Ardevines.⁸ Dichas anotaciones permiten acotar el momento, los años finales de la década de los cuarenta, en que probablemente Lastanosa se hizo con el libro. Una parte importante del catálogo se redactó en torno a 1640; no obstante, hasta 1658-1662 se añadieron, en caligrafías claramente distintas a la inicial, entradas con los libros y manuscritos que ingresaban en la biblioteca.⁹ Las anotaciones del libro de Ardevines pertenecen a esta segunda etapa, posterior por tanto a 1640. En la letra F, en concreto, la *Fábrica universal y admirable* está inmediatamente después de dos obras impresas en Zaragoza en 1646 y 1647, fechas que señalan, por tanto, el momento aproximado en que el libro entró en las colecciones lastanosinas. Ello encaja bien con la nota autógrafa de Lastanosa que figura en la última página: “Leilo a 9 de septiembre del año 1649 2.^a vez”. Aunque publicada en 1621, así pues, la obra de Salvador Ardevines llegó a manos de Lastanosa, seguramente, en los años 1647-1649.

⁸ Biblioteca Real de Estocolmo, ms. U-379, ff. 28r (“*Fábrica universal del mundo mayor*, de Salvador Ardevines Isla, médico. En 4.º Madrid 1621”) y 81v (“Salvador Ardevines Isla, médico. *Fábrica universal y admirable composición del mundo mayor*. En 4.º Madrid 1621”); son los números 315 y 905 de la edición del catálogo de la biblioteca lastanosina realizada por Karl-Ludwig Selig en 1960.

⁹ Sobre el catálogo de Estocolmo, véase Carlos Garcés Manau, “La biblioteca de Lastanosa, ‘depósito de curiosidades y maravillas’”, en *El inquiridor de maravillas: prodigios, curiosidades y secretos de la naturaleza en la España de Vincencio Juan de Lastanosa*, Huesca, IEA, 2011, pp. 385-387.



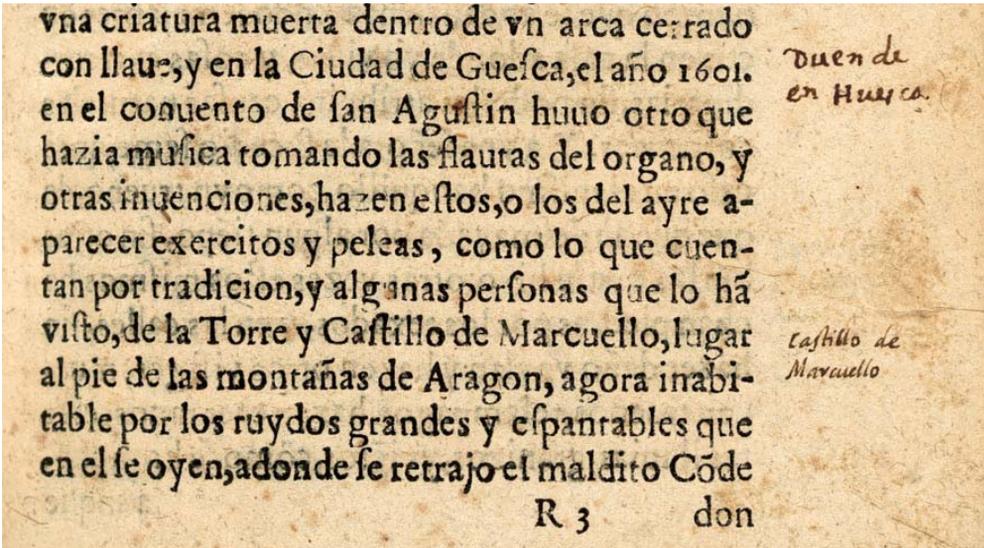
Autógrafo de Lastanosa en la última página del libro.

Antes de dicha fecha, no obstante, el mecenas oscense cita ya la obra en su primer libro de numismática, el *Museo de las medallas desconocidas españolas*, publicado en 1645. Una de las monedas ibéricas que Lastanosa estudia en el *Museo* se la dio José Santolaria, al que le unía una estrecha relación. De él dice que era pariente de Martín Santolaria, a quien, tal y como Lastanosa comenta, Salvador Ardevines menciona tres veces en su *Fábrica universal y admirable*, indicando los capítulos concretos en que ello ocurre (citas que, como veremos, están subrayadas y anotadas en el ejemplar del IEA). En 1645, por tanto, Vincencio Juan de Lastanosa conocía, y además en detalle —al menos por lo que hace a las referencias de Martín Santolaria—, el libro de Ardevines. Pero, como hemos dicho, el ejemplar del IEA en el que pegó su exlibris debió de recibirlo tiempo después.

ANOTACIONES Y SUBRAYADOS

El último aspecto que estudiamos es la presencia en el libro de subrayados y anotaciones manuscritas, realizados probablemente por el propio Lastanosa, ya que casi todos ellos se refieren a materias o personajes que le eran muy cercanos, como la alquimia o la familia Santolaria.

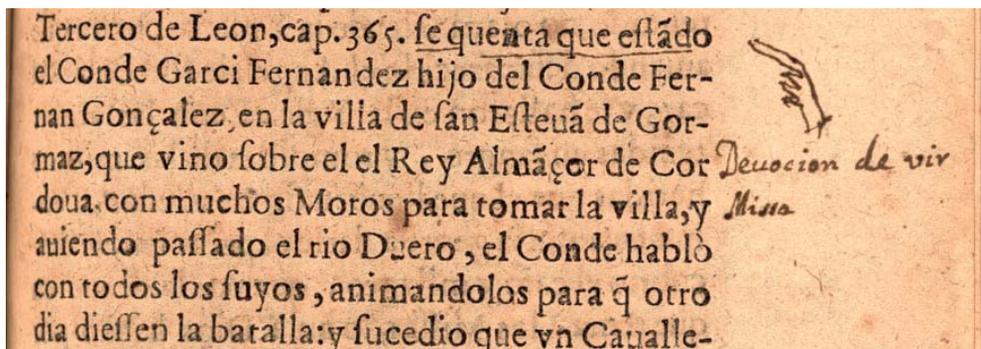
Decimos, de todas formas, que *probablemente* fue Vincencio Juan de Lastanosa quien hizo tales notas y subrayados porque, a diferencia de la anotación que figura en la última página del libro (“Leilo a 9 de septiembre del año 1649 2.^a vez”), las demás no presentan, de manera tan evidente como en este caso, la característica caligrafía del mecenas oscense. Tenemos un ejemplo en la página 67, donde se escribió al margen “Trasgos”, “Duende en Huesca” y “Castillo de Marcuello”; se trata, como hemos visto, del texto sobre el duende organista oscense y Marcuello y su relación con el conde don Julián.



Anotaciones manuscritas al margen (p. 67): “Duende en Huesca” y “Castillo de Marcuello”.

El autor de las anotaciones, fuera quien fuese, resaltó especialmente cuatro sucesos de carácter fantástico. El primero, que aparecía narrado, según Ardevines, en la “Crónica de España del rey don Ramiro tercero de León”, lo protagoniza un caballero llamado Pascual Vivas. Al margen se ha escrito “Devoción de oír misa” y está dibujada una pequeña mano con el índice apuntando al texto (era un recurso habitual en estos siglos, como medio de llamar la atención sobre una frase o párrafo). Lo que se cuenta es que, estando el conde Garci Fernández en San Esteban de Gormaz, llegó hasta allí Almanzor con su ejército. El caballero Vivas, sin embargo, no estuvo presente en la batalla, ya que, teniendo por costumbre no salir de la iglesia cuando oía misa mientras hubiese otra comenzada, “quiso Dios que desde que entró hasta mediodía no cesaron de decir misas”. Pero el mismo Dios, para librarle de la afrenta de no participar junto al conde en el combate con los moros, envió en su lugar un ángel “vestido con sus propias armas”. Y el ángel “anduvo tan bravo” que “no solo mató al que llevaba la bandera de los moros”, sino que, de hecho, ganó la batalla, de tal suerte que todos “dieron la gloria del vencimiento al buen Pascual Vivas” (p. 61).

El siguiente relato, tomado del escritor romano del siglo I Plinio el Viejo, habla de viajes realizados en espíritu, tras abandonar el cuerpo. Al margen se anotó “Caso raro”:



Dibujo de una mano junto al relato del episodio protagonizado por el caballero Pascual Vivas y el conde Garci Fernández (p. 61).

Entre otras cosas dice el mismo Plinio que Ermótimo Clazomenio solía andar vagando por diversas partes, dejando su cuerpo en casa, y que volviendo su espíritu después a él contaba cosas, las cuales no se podían saber sino fuera habiéndolas visto, o a lo menos habiéndolas oído decir, lo que parecía imposible porque el cuerpo se quedaba como muerto y sin sentido alguno. (p. 73)

El tercer episodio, junto al que se dibujó otra pequeña mano y se escribió “Caso admirable”, ocurrió en el ducado de Brabante y tenía al diablo como protagonista. La historia estaba sacada en esta ocasión de Martín del Río, autor de la conocida obra *Disquisitionum magicarum*, publicada por primera vez en 1599-1600. “Un mancebo enamorado de una doncella” la pidió por mujer a sus padres, pero ella enfermó y murió. Esa misma noche, el joven, “pasando por un espeso y frondoso valle”, encontró a la doncella, a la que preguntó: “¿Qué es esto? Ya todos te lloran por muerta. ¿Cómo has venido a este lugar?”. Ella respondió: “¿No veis ese hombre que va delante? Ese me ha traído”. El mancebo, que no vio a nadie, ocultó a la doncella en una alquería y se presentó ante el padre. Una vez allí, levantó “la sábana con que estaba cubierta la que pensaban que era la doncella muerta, y hallaron un admirable fingimiento o fantasma diabólica, de tal suerte que todos los que lo vieron dijeron que parecía lo de adentro como de un leño podrido, cubierto todo de un sutil pellejo”. Ambos jóvenes, por supuesto, terminaron casándose (p. 74).

Al margen del último prodigio, un asombroso caso de bilocación narrado por Juan Sánchez Valdés de la Plata en su *Crónica e historia general del hombre*, impresa en 1598, hay dibujada otra mano. Dice así:

Lo que cuenta el doctor Valdés de la Plata de *una señora de Valladolid* de mucha calidad, la cual veían muchas veces en dos o tres lugares juntamente, y que sucedía estar hablando con ella en su cámara y verla en los corredores pasearse. Y otra vez, verse ella misma como estaba a la ventana y en el patio de su casa. (p. 104; las palabras en cursiva están subrayadas en el ejemplar del IEA)

El capítulo tercero del primer libro, titulado “De los nombres de Dios”, trata de “las propiedades de los nombres” y de la cábala judía. En la página 17 hay una nota manuscrita en el margen, en la que se lee “Cábala”; está junto al siguiente texto, subrayado también en parte:

Dicen que fue una ciencia que recibió Moisés en el monte Sinaí, por lo cual la llaman cábala, de un verbo que significa recibir, porque fingen haberla recibido Moisés de la boca de Dios.

La cábala, aunque quizá con un sentido distinto al de la cabalística judía, figuraba en las colecciones de Lastanosa. En la descripción de su palacio, compuesta por Juan Francisco Andrés de Uztarroz hacia 1650, se menciona, en efecto, un volumen “en arábigo que contiene la cábala o el arte de adivinar, en papel de caña arrollado en una caja de marfil”.¹⁰

En este mismo capítulo, en la página 19, se dice que Ezequiel, “porque entendiese que Dios, virtud suma, tenía virtud atractiva”, le dio nombre de *Electro*. Y, como en el caso de la cábala, en este punto se ha escrito al margen “Electro” y se ha subrayado la siguiente frase:

Es electro, entre los alquimistas, una composición resplandeciente que se hace de cuatro partes de oro y una de plata.

De forma similar, en otra parte del libro se ha dibujado una pequeña mano y está subrayada la palabra *opio*. Se trata de este fragmento:

Los moros comen gran cantidad de *opio* para este mismo efecto [el aumento de las fuerzas], y lo llevan a las guerras por principal provisión, como nosotros el trigo o la harina, como lo cuenta Cristóbal Acosta en un libro que hizo de las plantas de las Indias, como testigo de vista. (p. 119)

¹⁰ Juan Francisco Andrés de Uztarroz, *Descripción del palacio y los jardines de Vincencio Juan de Lastanosa*, Hispanic Society of America, ms. B-2424, f. 27v.

Encontramos aquí, una vez más, evidentes puntos de contacto con el mundo lastanosino. El opio era un componente fundamental de uno de los remedios medicinales de carácter alquímico que el sacerdote y alquimista italiano Nadal Baronio preparó para Lastanosa durante su estancia en Huesca, cuya “receta”, con el nombre de *láudano opiato*, conoció todavía en el palacio del Coso, tras la muerte del mecenas oscense, el enfermero franciscano fray Diego Bercebal.¹¹ En cuanto al libro de Cristóbal Acosta, publicado en Burgos en 1578 con el título *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus plantas dibujadas al vivo*, Lastanosa poseyó un ejemplar.¹²

Al perdurable interés que Lastanosa sintió por disciplinas como la alquimia, que algunos de sus contemporáneos debían de considerar cercano a la heterodoxia, se unían otros hechos similares (por ejemplo, la referencia que acabamos de recordar a la cábala o la presencia, como remate de la torre de su palacio, de una estatua de Hércules desnudo —desnudez que, como sabemos por Juan Francisco Andrés de Uztarroz, provocó más de una habladuría en Huesca—).¹³ Las suspicacias que tales asuntos podían despertar a su alrededor hacen aún más interesantes los subrayados que figuran en el capítulo doce del libro segundo, cuyo título advierte que “a los cristianos no es lícito aprender todas las ciencias de los gentiles” (y en cuya primera frase se dan por “bastantemente” probados “las falsedades y engaños de las artes mágicas y encantamientos y hechicerías”). Los subrayados se encuentran, significativamente, en el siguiente párrafo, que parece entreabrir una rendija a la práctica de disciplinas consideradas prohibidas:

Porque conocer especulativamente la falsedad y engaño de estas cosas no es malo por sí, antes bueno, pues consta que el conocimiento de la falsedad es verdadero y por consiguiente bueno, y manifiéstase con que Dios y sus ángeles lo tienen. Allende de esto no es ilícito tratar las malas artes con buen fin, para reprobarlas y disuadirlas. (pp. 96-97; las frases en cursiva están subrayadas en el ejemplar del IEA)

¹¹ Véase, para las relaciones de Lastanosa con la alquimia, Mar Rey Bueno, “El coleccionista de secretos: oro potable, alquimistas italianos y un soldado enfermero en el laboratorio lastanosino”, en *El inquiridor de maravillas: prodigios, curiosidades y secretos de la naturaleza en la España de Vincencio Juan de Lastanosa*, Huesca, IEA, 2011, pp. 289-318.

¹² Biblioteca Real de Estocolmo, ms. U-379, f. 14.

¹³ Juan Francisco Andrés de Uztarroz, *Romance jocoso a la desnudez de la estatua de Alcides sustentando sobre los hombros el globo celeste, cuyo simulacro misteriosamente ilustra la casa de don Vincencio Juan de Lastanosa* (año 1646), Hispanic Society of America, ms. B-2424, ff. 80r-99r. Y también Carlos Garcés Manau, “Desnudo sobre la torre”, Huesca, *Diario del Alto Aragón*, 24 de noviembre de 2002.

En igual sentido apunta el que, en esa misma página, esté subrayada la mención del “obispo de Tarazona, que fue tal Luna, mágico”, como uno de los pocos que llegaron a conocer materias tan peligrosas como estas con un propósito y un ánimo enteramente “buenos”. Salvador Ardevines se equivoca, sin embargo, pues el obispo turiasonense que tuvo fama de “nigromántico” no se apellidaba Luna, sino Urrea. Era, concretamente, Miguel Jiménez de Urrea, que fue obispo de Tarazona a comienzos del siglo XIV, de quien Marcelino Menéndez Pelayo escribió, en su célebre *Historia de los heterodoxos españoles*, que disfrutó de “tanta reputación de mágico, que al pie de su retrato se puso esta leyenda: *Artis necromantiae peritissimus, daemonis artes eius etiam arte delusit*, suponiéndosele que había engañado al demonio con su sombra”.¹⁴

Hay otras notas manuscritas y otros subrayados. En la página 62 se ha escrito “Contra los soberbios” junto al relato, tomado de la Biblia, del castigo de “un rey soberbio” que tuvo que vivir, hasta su arrepentimiento final, como un plebeyo, mientras un ángel le sustituía llevando sus vestidos y aparentando la “figura del rey”. Más adelante está subrayada la frase “el rey don Juan II fue hechizado con don Álvaro de Luna” (p. 102), en referencia al gran ascendiente, que se atribuía a hechizo, que el condestable Álvaro de Luna tenía sobre el monarca castellano Juan II (1406-1454). Pocas páginas después se subrayó la mención del “libro intitulado *El asno de oro*” (p. 107). Lastanosa tenía una edición en castellano, publicada en Madrid en 1601, de esta famosa obra escrita en el siglo II después de Cristo por Lucio Apuleyo,¹⁵ lo que relaciona de nuevo estos subrayados con el erudito oscense. En *El asno de oro* la magia está muy presente, y es justamente mediante una transformación mágica como el protagonista se convierte en asno.

Una nueva anotación, “Remedio contra la peste”, acompaña en el margen de la página 137 a este fragmento:

Quién dirá que el arcenique [el arsénico], veneno tan poderoso, preserva y cura admirablemente la peste y quita la corrupción de las llagas, y es admirable remedio para muchas y muy graves enfermedades.

¹⁴ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, 1880, t. I, libro III, cap. VII (“Artes mágicas, hechicerías y supersticiones en España desde el siglo VIII al XV”).

¹⁵ Biblioteca Real de Estocolmo, ms. U-379, f. 49r.

Mientras Lastanosa leía, en 1649, el libro de Salvador Ardevines, una terrible peste assolaba Aragón (la epidemia se extendió por el territorio aragonés de 1648 a 1654 y afectó especialmente a Huesca, que sufrió en pocos meses la pérdida de un cuarto de su población, en 1651-1652). La peste golpeó de hecho al conjunto de la Península; ese mismo año 1649, por ejemplo, murieron en Sevilla unas 60 000 personas, casi la mitad de sus habitantes.

El último bloque de anotaciones y subrayados corresponde a lugares, autores y escritores aragoneses, con una atención especial, como ya hemos comentado, a Martín Santolaria. En la página 208 se subrayó, por ejemplo, esta notable definición: “la gran ciudad de Zaragoza, una de las más hermosas y abundantes de Europa, en Aragón junto al río Ibero, que ahora llamamos Ebro”.¹⁶ Asimismo, en otras partes del libro se anotaron los nombres de dos iglesias zaragozanas: la de San Miguel y la de Nuestra Señora del Pilar (pp. 38 y 43).

Están destacados, asimismo, los nombres de dos escritores del siglo XVI. En la página 35 aparece subrayado el de Antonio Agustín, “arzobispo tarraconense” originario de Zaragoza que fue uno de los artífices del nacimiento de la numismática moderna. Y en la página 170 se anotó, al margen, “Victorián Zaragozano”, por Victoriano Zaragozano y Zapater, natural de La Puebla de Albortón, autor muy popular en su época gracias a la publicación de almanaques que incluían pronósticos meteorológicos. Su fama hizo que en el siglo XIX el también aragonés Mariano Castillo y Ocsiero diera su nombre a un almanaque similar, todavía muy difundido hoy: el *Calendario Zaragozano*.

Pero sin duda el autor al que se presta más atención es Martín Santolaria, catedrático de la Facultad de Artes de la Universidad de Huesca y canónigo de la catedral oscense. Santolaria publicó varias obras en latín sobre dialéctica, que debía de ser la materia que impartía en la Universidad, como *In dialecticam integram perfecta quaedam institutio*, en 1583; *Dialectica integra*, en 1585; o *Tractatio quaestionum dialecticarum* y *Directorium dialecticum et metaphysicum*, ambas en 1588. Todas aparecieron en el taller de Juan Pérez de Valdivielso, el primer impresor que se estableció en Huesca, traído precisamente por la Universidad.

Las menciones de Martín Santolaria están subrayadas y anotadas desde los mismos preliminares del libro. En el “Catálogo de los autores que van en este presente

¹⁶ En la página siguiente está subrayada, igualmente, una mención de Tarragona.

volumen” se señaló, en efecto, la entrada “Martín de Santolaria, universal”, y al margen se apuntaron las páginas (104, 127 y 162) en que se habla de él. En la primera de tales citas, reproducida con anterioridad, Ardevines explica que Martín Santolaria le habló de una mujer presa de la justicia por bruja a la que untaron con un supuesto ungüento mágico y después, tras perder el conocimiento, quemaron en la pierna con una cerilla.

La siguiente referencia, en la página 127, figura en un capítulo, el segundo del libro tercero, de título notable: “En que se declara el mundo haber sido creado por Dios en principio, y si es finito o infinito”. Se alude a una de las obras publicadas por Santolaria, “Directo. metaphisicae” (cita que ha sido subrayada), que corresponde, muy probablemente, al *Directorium dialecticum et metaphysicum* de 1588.

Por último, en la página 162 Ardevines refiere que vio al “doctísimo maestro Martín Santolaria” conversar en Zaragoza con el médico real Francisco Vallés “el año que el católico y prudente rey don Felipe II de Castilla y primero de Aragón, defensor de la fe, vino a celebrar las bodas de la serenísima infanta doña Catalina, su hija, con el duque Carlos de Saboya, que fue el año 1585”. Al margen se ha escrito “Martín de Santolaria”.

Vincencio Juan de Lastanosa pudo ser perfectamente el autor de tales notas y subrayados sobre Martín Santolaria, pues el mecenas oscense, que tuvo una estrecha relación con un pariente suyo, José Santolaria, menciona a ambos, como ya hemos comentado, en su *Museo de las medallas desconocidas españolas* al explicar una moneda ibérica que le había dado José Santolaria, y en su comentario detalla, justamente, las tres citas de Martín Santolaria que figuran en el libro de Ardevines. Esto es lo que dice Lastanosa en las páginas 84-85 del *Museo*:

El doctor José Santolaria, catedrático de vísperas de leyes en la Universidad de Huesca, electo vicario general del obispado de Lérida por su ilustrísimo y muy docto prelado don fray Pedro de Santiago, me dio la medalla cuarenta y tres. De cuya doctrina y loables costumbres dijera mucho si su profunda modestia no reprimiera mis alabanzas, pero ellas son tan conocidas de todos como sus escritos, honrando a nuestra patria con ellos, aunque no es el primero de su casa que supo coronarla de blasones. No lo calle el doctor Martín Santolaria, canónigo de la santa iglesia de Huesca y catedrático de artes en su Universidad, cuya ingeniosa *Dialéctica* se imprimió año mil quinientos ochenta y cinco, a quien celebra dignamente el licenciado Salvador Ardevines Isla en la *Fábrica universal del mundo mayor* (Ardevines, libro 2, cap. 14; libro 3, cap. 2; libro 4, cap. 3).

José Santolaria y Vincencio Juan de Lastanosa presentan numerosos y significativos puntos de contacto. El más temprano, ya muy notable, es de 1628, cuando Lastanosa tenía solo veintiún años. Se trata de un manuscrito que llevaba por título “Alfabetos de que usaron diversas gentes, escritos y recopilados por José Santolaria para Vincencio Lastanosa. En Huesca año 1628”.¹⁷ Dicho tratado es quizá el breve texto existente en la Biblioteca Nacional de España (ms. 6334, ff. 85-90) titulado precisamente “Caracteres de que usaron diversas gentes, escritos y recopilados por José Santolaria. Dedicados al señor Vincencio Lastanosa, infanzón”.

Santolaria fue, según parece, el autor en 1631-1632 de los dibujos de monedas y medallas pertenecientes a las colecciones lastanosinas que figuran en el manuscrito *Medallas halladas en el territorio de la ciudad de Huesca. Recogidas por Vincencio Lastanosa, caballero infanzón ciudadano de dicha ciudad, y sacadas de entre sus antigüedades. Declaradas por el padre Jerónimo García de la Compañía de Jesús, rector del Colegio de Calatayud*.¹⁸ En 1644, cuando José Santolaria era ya catedrático de Leyes en la Universidad oscense, publicó un libro en latín, de temática jurídica, titulado *Iuris-consultorum delecti iudicii. Liber primus*. La obra estaba dedicada a la Virgen del Pilar, y en sus preliminares hay un grabado, firmado por Aguesca, en el que está representada la aparición de María sobre la columna al apóstol Santiago y sus compañeros.¹⁹ Este grabado es un nuevo vínculo con Lastanosa, que en 1645, solo un año después, publicó su *Museo de las medallas desconocidas españolas* igualmente con estampas de Aguesca.

También en 1645 los hermanos Lastanosa comenzaron en la catedral de Huesca la construcción de su nueva capilla de los santos Orencio y Paciencia, con una cripta-panteón en la que fueron sepultados tras su muerte. Diez años más tarde —y este es el elemento más imponente de las relaciones entre Santolaria y Lastanosa que ha llegado hasta nosotros— José Santolaria, que entonces era canónigo de la catedral

¹⁷ Biblioteca Real de Estocolmo, ms. U-379, f. 105r.

¹⁸ En la portada hay un dibujo con el escudo de cuatro cuarteles que Lastanosa utilizó en su juventud. Al pie se lee “Iosephus Santolaria fecit Oscae anno 1631”. Estas *Medallas halladas en el territorio de la ciudad de Huesca* están al comienzo de un manuscrito mucho más extenso que se conserva en la Real Academia de la Historia (*De ponderibus et mensuris*, ms. 9-5794). Véase Carlos Garcés Manau, “Reproducción de ocho manuscritos de Jerónimo García, Juan Francisco Andrés de Uztarroz y Diego Vincencio Vidania”, *Argensola*, 116 (2006), pp. 203-207.

¹⁹ Carlos Garcés Manau y María Pilar Felices Sa, *Libros impresos en Huesca en los siglos XVI y XVII: fondo antiguo de la Biblioteca Pública*, Huesca, Ayuntamiento / Comarca de la Hoya de Huesca, 2003, pp. 13-14.

—como lo había sido su antepasado Martín Santolaria—, inició la edificación, en la misma nave catedralicia que la capilla de los Lastanosa, del impresionante conjunto barroco que constituye la capilla de san Joaquín. En esta, como ocurre en la de Vincencio Juan de Lastanosa con sus armas heráldicas, abundan los escudos de la familia Santolaria, y, según parece, bajo ella se dispuso asimismo una cripta-panteón. José Santolaria murió en 1674, siete años antes que Lastanosa, tras ser elegido obispo de Jaca, pero sin haber tomado posesión de la sede.²⁰

En conclusión, las notas y subrayados presentes en el ejemplar de la *Fábrica universal y admirable* de Salvador Ardevines remiten de forma clara a temas, preocupaciones, libros, autores y personajes próximos a Vincencio Juan de Lastanosa. Por esa razón cabe atribuir, con bastante confianza, su autoría al mecenas y coleccionista oscense, o considerar, en todo caso, que quien los hizo fue alguien plenamente integrado en el mundo lastanosino.

²⁰ Antonio Durán Gudiol, *Historia de la catedral de Huesca*, Huesca, IEA, 1991, pp. 222-223, y Ramón de Huesca, *Teatro histórico de las iglesias del Reino de Aragón*, t. VIII, Pamplona, Impr. de la Viuda de Longás e Hijo, 1802, pp. 181-182.